



Iván Almeida
La ilustre incertidumbre. Ensayos sobre Borges y la filosofía
Pittsburgh
Borges Center/University of Pittsburgh
2023
340 páginas

PALABRAS CLAVE: BORGES – BAQUEANO – MAPA
KEYWORDS: BORGES – BAQUEANO – MAP

Borges baqueano

Dardo Scavino¹

El siguiente texto fue leído el 24 de marzo de 2023 en la presentación del libro de Iván Almeida organizada por Daniel Balderston y el Borges Center de Pittsburgh

Borges pensaba que la relación que tenía un crítico con la obra de un autor se parecía a la de un cartógrafo con un territorio. El cartógrafo recorre sus senderos, sus ríos, sus montañas, sus valles, y termina proponiéndonos un mapa más o menos exhaustivo del país. La propia obra de Borges es vasta, es cierto, pero está compuesta

¹ Nació en Buenos Aires (1964). Fue profesor de filosofía, literatura y pensamiento político latinoamericano en las universidades de Buenos Aires, Burdeos y Versalles; en la actualidad trabaja en la Universidad de Pau. Entre otros títulos, ha publicado: *Barcos sobre la pampa: las formas de la guerra en Sarmiento* (1993), *La filosofía actual: pensar sin certezas* (1999), *Saer y los nombres* (2004), *El señor, el amante y el poeta: notas sobre la perennidad de la metafísica* (2009), *Narraciones de la independencia: arqueología de un fervor contradictorio* (2010) y *Rebeldes y confabulados: narraciones de la política argentina* (2012). Recibió el Premio Konex en 2014. Con *El sueño de los mártires. Meditaciones sobre una guerra actual*, obtuvo el Premio Anagrama de Ensayo y el Premi Ciutat de Barcelona en el año 2018.

por un número finito de textos, de modo que un crítico-cartógrafo podría trazar un mapa bastante certero de ese continente literario. Desde el prefacio, sin embargo, Almeida compara la “ilustre incertidumbre” de Borges con la “docta ignorancia” de Nicolás de Cusa. Para el filósofo renano, un círculo podía considerarse como una figura finita, el ejemplo por excelencia de la perfecta delimitación de un espacio abierto. Pero podía verse también como un polígono de infinitos lados, de infinitos lados infinitesimales. Si Nicolás de Cusa hubiese leído la teoría de los fractales de Benoît Mandelbrot, habría adorado, me imagino, lo que el matemático polaco decía acerca de la escabrosa costa de Gran Bretaña. En principio, esa costa delimita un espacio finito que es la superficie total de ese país, perfectamente mensurable. Pero cuando uno va siguiendo minuciosamente los accidentes de ese litoral, su perímetro se vuelve infinito. Un cartógrafo que tuviera que dibujar detalladamente cada una de sus bahías, cabos, penínsulas, fiordos, ensenadas, caletas, abras, rías y peñascos, no terminaría nunca de hacerlo. Ya no se trata ni siquiera de un mapa tan grande como el territorio, sino de la cartografía imposible de una costa fractalmente infinita. Y es lo que ocurre con la obra de Borges. Tiene tantos recovecos, tantos meandros, tantas alusiones intertextuales, que nadie puede llegar a trazar un mapa exhaustivo de ella. Solo podemos hacer mapas a vuelo de pájaro, mapas que dejen de lado los pormenores aparentemente superfluos. De otro modo, nos pasaríamos toda una vida reconstruyendo unos pocos fragmentos de su obra. Daniel Balderston explicaba en una entrevista para la revista *Prometeica*, publicada esta semana, que el trabajo con los manuscritos es interesante porque permite encontrar, aunque más no sea, una parte de la legión de citas ocultas, alteradas o desdibujadas que Borges solía introducir. Estas citas son tantas que, como lo sugiere el título del libro de Almeida, tenemos que aceptar algunas zonas de sombra para dilucidar esa obra. O como hubiese dicho Leibniz: para poder oír el ruido de la lluvia, tenemos que olvidarnos del ruido infinitesimal de cada gota. Es decir, tenemos que trazar una integral. Y cualquier interpretación crítica es eso: una integral. En eso consiste esa docta ignorancia: cualquier saber de conjunto sobre la obra de Borges presupone necesariamente un desconocimiento de sus detalles fractales. La ignorancia no es en este caso lo opuesto del saber sino su condición de posibilidad. Por eso, como decía Borges en un soneto sobre su padre, la lluvia sucede en el pasado porque la lluvia presente está hecha del olvido instantáneo de las diminutas gotas que la componen. Entre los animales de la enciclopedia china, Borges evocaba a esos “que de lejos parecen moscas”. Digamos que cualquier mapa de Borges, por exhaustivo que sea, solo puede parecerse a Borges visto de lejos.

Almeida, sin embargo, se acerca a examinar esos recovecos que los lectores solemos pasar por alto. Recorre, por ejemplo, algunos lugares supuestamente conocidos, y hasta turísticos, de la literatura de Borges: los laberintos, los mapas, las

monedas, los espejos, las ruinas, los sueños, etc. Pero nos sugiere que cuando nos acercamos lo suficiente a la superficie lisa de esos sitios, aparece un conjunto rugoso de alusiones. A esos lugares los conocemos porque ignoramos muchos de sus componentes y solo nos contentamos con una visión de carta postal. Para recurrir a una analogía sarmientina evocada en este libro, Almeida procede como el rastreador. Detecta las huellas apenas perceptibles de los más diversos filósofos en el territorio Borges, y como el rastreador experto es capaz de divisarlas allí donde los profanos pasamos de largo sin ver nada. A propósito de “La ruinas circulares”, por ejemplo, Almeida escribe que la tentativa de su artículo es “seguir las huellas de ciertos despojos cartesianos que figuran en el circular paisaje literario de este cuento de Borges” (2023: 116). Eso es lo que me fascinó del libro de Almeida. Recorrí muchas veces algunos de esos pasajes, y nunca percibí las huellas que él nos muestra. Como el rastreador experto de Sarmiento, Almeida tiene el ojo entrenado para detectarlas, seguirlas y revelarnos al escritor y sobre todo al filósofo que las dejó. “Ahí está”, nos dice. Y hay que rendirse a la evidencia de que ahí estaba.

Pero hay algo que me llamó la atención en este libro y es que Almeida se aleja muchas veces del territorio Borges y se adentra en el territorio Kant, Schopenhauer, Pierce o incluso Wittgenstein. A ver si me explico: Borges conocía bien a Schopenhauer y por eso podemos encontrar muchas huellas de ese filósofo en su obra, tantas como las de Spinoza, Leibniz o Berkeley. Pero no sucede lo mismo con Kant, que Borges conocía mal, o con Peirce y Wittgenstein, cuyas obras parecía ignorar completamente.² En este caso, Almeida invierte su estrategia: ya no procede como el rastreador sino como el general que debía internarse en una región ignota y se hacía acompañar por un baqueano, un hombre-mapa, como lo llama él mismo en este libro citando, una vez más, el *Facundo* de Sarmiento. Y ese baqueano, por supuesto, es Borges. Almeida recorre las obras de aquellos filósofos dejándose orientar por Borges. En este caso, Borges ya no es un territorio que tenemos que cartografiar sino, al revés, un mapa, incluso un mapa de regiones que nunca recorrió mucho, como el territorio Kant. Un mapa conjetural. Parece altamente improbable que Borges haya leído alguna vez el artículo de Kant “Cómo orientarse en el pensamiento” (1786). Almeida, sin embargo, lo lee acompañado por el baqueano argentino. Y no es en modo alguno casual que se concentre en este artículo del prusiano: después del problema de la detección de las huellas, la cuestión de la orientación se vuelve crucial en su libro. Orientarse, por ejemplo, en el territorio Wittgenstein recurriendo al baqueano Borges. Borges había leído bastante al maestro

² Después de esta presentación, Daniel Balderston nos mostró un manuscrito inédito de Borges en donde hablaba de Wittgenstein, como “amigo y discípulo” de Bertrand Russell.

de Wittgenstein, Bertrand Russell, a quien admiraba sobre todo por su gusto de las paradojas lógicas. Había leído también a un filósofo checo, Fritz Mauthner, para quien la filosofía también era, como para Wittgenstein, una “crítica del lenguaje”, aunque el austríaco dijera en su *Tractatus*, sin aclarar mucho por qué, que su concepción de la crítica del lenguaje no tenía nada que ver con la de Mauthner (la mística atea de Mauthner, sin embargo, se parecía como dos gotas de agua al silencio místico de Wittgenstein). Lo cierto es que Almeida encuentra ciertas afinidades entre el argentino y el austríaco y algo semejante sucede con el territorio Peirce. A tal punto que extrae de la obra del norteamericano fragmentos que parecieran haber sido escritos por Borges. A Schopenhauer, Borges lo conocía bien, tal vez mejor que a Spinoza, y por eso encontramos muchas huellas de Schopenhauer en Borges, pero lo importante también es que Borges nos ayuda a orientarnos en el territorio Schopenhauer.

Hay muchos escritores-territorio, plagados de huellas de otros escritores. Pero hay muy pocos escritores que nos permitan hacer lo que Almeida hace con Borges. Porque hay muy pocos escritores que sean auténticos baqueanos. Borges hablaba de esos libros que, para algunos, son todos los libros. “Un mapa del mundo”, los llamaba. Para los creyentes, se trata de la Biblia. Borges dijo alguna vez que su mapa era Spinoza. Para el propio Almeida, evidentemente, se trata de Borges. Yo creo que a muchos argentinos nos pasa lo mismo: a falta de algún filósofo local de la talla de Spinoza, Leibniz, Kant, Hegel o Nietzsche, nos muñimos del mapa-Borges cada vez que nos adentramos en algún territorio ignoto. Aunque no hayamos efectuado una lectura verdaderamente minuciosa de los textos de Borges, una lectura de rastreador como la que hace Almeida, lo llevamos con nosotros por donde vayamos para que ilumine nuestro camino. En una época, Borges era un escritor argentino; después los argentinos nos volvimos lectores borgeanos. Borges decía que, como los judíos, los argentinos éramos lectores universales. Yo creo que, de existir, esa universalidad se la debemos a Borges. Ya no podemos denunciar el patriarcado sin recordar a Emma Zunz. Ya no podemos abordar el nacionalismo sin evocar a Juan Dahlmann. Ya no logramos hablar de la finitud histórica sin alguna alusión a Pierre Menard, ni discutir sobre el capitalismo sin revivir los sorteos de “La lotería en Babilonia”. Del mismo modo que los teólogos debatían sobre los asuntos más disímiles citando pasajes de la Biblia, los argentinos discutimos sobre cuestiones literarias o incluso políticas recordando personajes, argumentos o razonamientos de Borges. Hace unos días, sin ir más lejos, yo estaba hablando en una charla sobre la cuestión de la memoria histórica y una colega argentina me dijo que mi posición se parecía a la de Borges: “el pasado no es lo que ocurrió es lo que creemos que ocurrió”. Y evidentemente era así.

Me parece que Almeida nos está proponiendo aquí una nueva manera de entender el papel del crítico. Por un lado está el habitual rastreador. Por el otro, el explorador de bibliotecas que se agencia algún baqueano para orientarse en el laberinto de los anaqueles repletos de libros. Almeida como lector de Borges que termina convirtiéndose en lector borgeano. Para orientarse en el pensamiento, nada mejor que dejarse guiar por un ciego. Se trata de un fenómeno que sucede raramente con los poetas y narradores. Con los filósofos, sí. Hay muchos kantianos, hegelianos, marxistas o nietzscheanos. Pero no me imagino a alguien adentrándose en la biblioteca de la mano de Ernesto Sábato o Carlos Fuentes. Y aclaro que no les estoy restando valor a sus obras. Digo que no es el tipo de escritor capaz de convertirse en baqueano. No son escritores-mapa. Muchos escritores fueron capaces de crear un universo imaginario muy rico, como García Márquez, Alejo Carpentier o Julio Cortázar, vastos territorios que la crítica se dedicó a explorar y cartografiar, y que otros van a seguir recorriendo en el futuro. Pero no creo que, como baqueanos, logren orientarnos en otros territorios y mucho menos en territorios filosóficos. En cambio, Juan José Saer fue un escritor baqueano, por lo menos para mí. Una manera de largar, aunque más no sea por un tiempo, la mano de Borges. En todo caso, no conozco a muchos críticos que hayan podido hacer lo que Almeida hace con Borges. Me parece que la principal virtud de *La ilustre incertidumbre* es habernos abierto el camino a un nuevo tipo de crítica, a una que, en lugar de limitarse a interpretar una obra, la convierte en un interpretante universal, en la moneda capaz de intercambiarse por las mercancías más disímiles, en el Aleph donde se concentra la infinidad de los textos, en el hilo de Ariadna que nos evita extraviarnos en el laberinto de la biblioteca universal. Y en su libro, les aseguro, Almeida, con su vastísima erudición, nos invita a recorrer una buena parte de esa biblioteca. Prepárense entonces para leer uno de los libros más rigurosos y minuciosos sobre la filosofía en Borges, pero también un libro que va a pasearlos por una buena porción de la filosofía occidental en compañía de Borges.